


SÁBADO 17 DE JULIO DE 1886.

ASESINATO

DEL



BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID

GENERAL PRIM.

LOS VERDADEROS ASESINOS

DEL

GENERAL PRIM

PAUL ANGULO.

Con este título se ha publicado en Madrid el 9 del actual una hoja firmada con las iniciales F. de B. P. la cual ha llegado á mis manos, cuando ya habia dado á la imprenta el original necesario para la presente hoja.

Pero como quiera que es de una necesidad imperiosa el que todos mis lectores conozcan el contenido de ese *papelucho anónimo*, voy á insertarlo íntegro aunque para ello tenga que retirar la mayor parte del original que tenia preparado.

Hé aquí la hoja:

«*Los verdaderos asesinos del general Prim.—Paul Angulo.*—Porque ha sido pública la calumnia, porque el calumniador vil y grosero es el principal asesino de aquel ilustre general, porque la vergüenza y la justicia encarnizada obtenga el triunfo á que tienen derecho, porque nos infama, de la manera mas indigna, escribimos estas líneas, á fin de llamar la atencion del público sensato, de ese público que después de todo, tiene ya hechas las entrañas en lo que al asesinato y los autores del crimen cometido contra el conñado general se refiere.—Basta leer el folleto de Paul Angulo con alguna detencion, para convencerse de

que, á vueltas de un párrafo y otro, y un concepto y otro concepto, resulta que nadie dice, absolutamente nada del crimen en cuestion — ¿Y cómo ha de decir?—¿Es posible que quien tiene en su conciencia la prueba de su delito, pueda decir ni intentar nada que se asemeje á una prueba de inocencia, cuando tantas hay de culpabilidad?... ¡Imposible! —Comienza Paul Angulo en su folleto por zaherir y aun por infamar la memoria de su víctima, como para que, si quedase alguna duda respecto de su culpabilidad, se pareciese más y más lo que decimos.—Sigue despues dando noticia de las razones de por qué se trataba de derrotar la monarquía de Doña Isabel II y la parte que en ella tomó.—Más tarde, afirma que Prim fué traidor sencillamente porque después del destronamiento conociendo los resultados que producirían en el país las pretensiones de los Paul y otros que no son Paul, se apartó de ellos, y quiso, siquiera fuese extranjera, puesto que la destronada no era posible restaurar el régimen monárquico único que en España no es tan dado á la asonada al motin, al pillaje en una palabra.—De aquí arranca el odio de Paul Angulo, de aquí nació el asesinato como verá el público más tarde, puesto que estas líneas no son otra cosa que el punto de atencion, punto conque intentamos solamente adelantarlo que muy en breve, dentro de ocho ó diez dias, verá la luz pública un folleto *verdad* no un folleto como el de Paul Angulo, que es un libelo asqueroso.—En el folleto de que hablamos se insertan los documentos (algunos de ellos) que demuestran dónde se concertó el asesinato, por qué razones, y las causas que determinaron á Paul Angulo hacer desaparecer de la tierra lo que le estorbaba.—Creia, infeliz, que de este modo iba á hacerse dueño del cotarro?... ¡Que incauto!...

»Y no solamente publicamos el folleto mencionado, sino que á la par entablamos querella criminal contra Paul Angulo por sus calumnias: que no creemos que los hijos tengan otra mision en la tierra que demostrar la honradez y la dignidad de sus padres, á quien Paul Angulo asigna el papel de asesino por creer que así se lo quita de encima.

»Hasta aquí lo que intentamos contra esa serpiente que se nombra Paul Angulo, y que, como ella, se arrastra y se coloca entre las flores esperando que llegue el incauto para morderle en el corazon y emponzoñar con su veneno la sangre limpia y digna de quien creyó otra cosa. No dejaremos, sin embargo de no ser estos mas que apuntes, de adelantar al público algunos conceptos respecto del asesinato, y para ello vamos á seguir paso á paso á Paul Angulo.

»Comienza en su folleto por dar todo el valor de prueba ¡qué sarcasmo! á una relacion fantástica, como hija de la imaginacion francesa, publicada en *Le Figaro*, respecto del asesinato en cuestion. En ella se habla de cierta policía bufa creada para velar por los dias del general, policía que jamás se comunicó con D. Juan Prim, y que solo atendia á ciertas señales que este hacia con el baston las cuales consistian en llevarle en una ú otra mano. Si lo llevaba en la derecha debía vigilarse por este lado, y si en la otra, por la izquierda. El dia que lo asesinaron dice la relacion publicada en *Le Figaro*, y que por cierto firma un señor Th. de G., el general todo perturbado, olvidó la señal, llevando sin pensar el baston en la mano derecha, por cuyo punto se colocó la policía: metióse en el coche el general y se fué precisamente por el lado

opuesto al indicado por la señal. Esto dice la relacion: no obstante, Paul Angulo, despues de esto, *quiere* que los asesinos del general fuesen precisamente los individuos de la policía. Prescindiendo tambien dando por supuesto que existiera, de que se colocó por virtud de la señal en opuesto camino que el que siguió el general, todo lo demás es cierto. Veá, pues, el público qué bien razona el *dignísimo* Paul Angulo.

»El Excmo. Sr. D. Juan Benitez afirmó en la causa, que el general Prim habia dicho *que quien le tiró fué Paul Angulo*. Un barbero de la calle de Relatores dice «que allí (á su casa), fué á quitarse la barba.» El Sr. Franco, juez de la causa, confiesa bajo su firma que lo primero que en ella se vé es la culpabilidad de Paul Angulo.

»Y, por último, Paul Angulo huye precisamente en los momentos del asesinato y aparece en las repúblicas Norte-Americanas. ¿Por qué...? Porque es inocente, y sin embargo de que así lo afirma en su folleto, en lugar de venir y confundir á sus *calumniadores*, en el momento que se entera de que pretenden pescarle, vuelve á tomar las de Villadiego, diciendo de nuevo: «soy inocente.» No es mala inocencia la de Paul Angulo.

»Funda esta en otras razones como la relacion del Señor Th. de G. en *Le Figaro*; la funda en una hoja que otro vil como él (el calumniador de la causa, nombrado unas veces José Lopez y otras Juan Rodriguez), publicaba desde la cárcel con el único fin de explotar á incautos y perder á honrados padres de familia. Ese individuo, súpalo el público, es el mismo que desde Zaragoza se ocupa del asesinato en esas hojas que se venden por ahí firmadas por un José R. Lopez.

»Si el Lopez hablara de veras, le costaria por lo menos, una cadena, y á Paul el patíbulo: que por algunos conciliábulos habidos entre ellos, bien lo tienen merecido.

»Del J. José R. Lopez no queremos decir más: lo dirán por nosotros los tribunales, á quienes dejamos íntegra la accion en la querella criminal que contra este presentamos tambien. Nos deshonraria verdaderamente contender con él. Hé aquí, pues, á grandes rasgos lo que hay en el asesinato.

»En breve el público todo tendrá ocasion de ver pruebas palpables con las cuales los tribunales harán luz respecto del crimen. Hasta entonces callamos, entregando al buen sentido del público estos apuntes para que juzgue.—F. de B. P.—Madrid, 9 de Julio del 86 —Imprenta de Juan C. Garcia, Atocha 151, frente al colegio de S. Carlos.»

La circunstancia de aparecer sin firma la *hoja-libelo* que antecede, nos dispensaria seguramente de contestarla sin que nuestro silencio llamara la atencion del público, pero, como quiera que en ella se ofrece en plazo breve la aparicion de un folleto que apoyado en *algunos documentos* sirva para disipar las tinieblas que envuelven en el misterio el tenebroso crimen cometido en la calle del Turco, hemos querido ser corteses con el anónimo firmante de aquel escrito y contribuir en la modesta esfera de nuestros esfuerzos á dar publicidad á la encubricacion de Don F. de B. P. á quien no conocemos, si bien tratamos por todos los medios de descubrir para darle la cumplida contestacion que merece.

Venga en buena hora el folleto prometido, Sr. Don F. de B. P., hágase la luz en asunto tan oscuro y que hasta hoy no obstante los años transcurridos desde el fallecimiento del inolvidable general Prim y de los esfuerzos de los Tribunales, ha ofrecido completa impunidad á los autores é instigadores del delito: nosotros nos congratularemos de que así sea, puesto que nuestro objetivo no es otro que señalar á la execración de las gentes honradas á los cobardes asesinos de la ilustre víctima, pero antojásenos que á quien se vale del anónimo para lanzar sobre un ausente, el señor Paul Angulo, acusaciones tan graves como la de que *él fué quien tiró al general Prim, y que le costaría el patíbulo si el López hablara de veras*, no ha de sobrarle el valor para arrostrar las consecuencias de la impúdica desvergüenza de que hace alarde, quizá porque con ella no se ha propuesto otra cosa que vindicar el nombre honrado de alguno de los que con cerillas encendidas ó de otro modo hacían ciertas señas, y se citan en la célebre causa que nos ocupa.

Cuentas son estas sin embargo, que ajustará Don F. de B. P. con el Sr. Paul y Angulo, á quien atañen y en las que ni estamos llamados á conocer, ni debemos mezclarnos para nada.

Por lo que á nosotros atañe, limitase el *sóbrio y anónimo* autor de la hoja á regalarnos los epítetos de *vil, calumniador*, y otros de igual jaez, afirmando que por algunos conciliábulos habidos entre el señor Paul y Angulo y el firmante de esta hoja, *merecemos por lo menos una cadena*.

Con esto, y con añadir que le *deshonraría verdaderamente* contender con nosotros, cree el Sr. Don F. de B. P. haber cumplido su misión de *redentor*, desempeñándola con el insulto y la grosería, al amparo de la impunidad que dá el anónimo y esgrimiendo por todas armas el *escándalo*, único medio sin duda que tiene disponible para producir algún efecto en el público, cuya credulidad pretende explotar con su anunciado folleto del que tantas maravillas promete.

Prescindiendo de que en ninguna de nuestras hojas hemos citado nombre propio, cuyas iniciales convengan con las del oculto autor del del libelo que nos ocupa, único caso en que pudiera explicarse la salida de tono de Don F. de B. P.; prescindiendo asimismo de que si de los hechos referidos en ellas, aparece odiosidad para algunos de los comprendidos en la célebre causa que motiva su publicación, no es la responsabilidad nuestra, sino de aquellos narrados sencillamente y sin comentarios, según constan en autos, y por consiguiente no puede calificárenos de *difamadores* ni mucho menos de *calumniadores*, y prescindiendo también de que no se comprende que se esconda en la sombra por falta de valor sin duda, quien guiado por el noble propósito de vindicar al autor de sus días de imputaciones ofensivas que hayan podido hacersele: ocurrenos preguntar al Sr. Don F. de B. P. ¿Cómo, y sin haber dicho nosotros aun la última palabra, se apresta á la defensa de su honra que no hemos atacado por la sencilla razón de que ni le conocemos, ni nos consta si la tiene, ni nos hemos ocupado jamás en esta tarea, propia sola de hombres viles?

No necesitaba el señor Don F. de B. P. llamar la atención del público acerca del hecho sencillísimo de que el autor de estas hojas haya usado algunas veces nombres distintos aunque siempre bajo la base del suyo

verdadero, es porque en la 4.^a hizo ya las aclaraciones precisas acerca de este extremo, firmando todas ellas con el de Juan José Rodríguez López que es el que le corresponde, y no ha de contribuir ciertamente esta circunstancia al mayor esclarecimiento de los hechos que en las mismas se refieren.

Apelar á esa puerilidad por falta de otros argumentos, es tan inocente, que dudamos haya quien pueda conceder importancia ninguna á lo que quiere convertir en cargo el anónimo autor de la *hoja-libelo* á que contestamos.

Dícenos el señor Don F. de B. P. que en vindicaciones de su honra ha recurrido al Tribunal correspondiente, y con ello, ha creído sin duda ponernos en cuidado.

De hoy para siempre, advertimos á ese señor y al público en general, que descansando en nuestros honrados propósitos y tranquilos en la integridad de nuestra conciencia, aceptamos de lleno la responsabilidad de nuestros actos todos, estando en su virtud dispuestos á responder de ellos en cualquiera terreno.

Venga por consiguiente la querella, entablada por el anónimo autor del libelo que ya contestaremos cumplidamente á los cargos que en la misma se nos formulen y lo haremos con toda sencillez y tan explícitamente como se merezcan.

Para terminar y protestando antes de que no hemos de llamar la atención de nuestros lectores con polémicas entabladas por quien use antifaz, debemos añadir que si el señor Don F. de B. P. se cree *deshonrado* de contender con nosotros, á nuestra vez nos hallamos en igual caso respecto á él, ya porque siempre nos inspiró desprecio quien en la sombra hiere á su adversario, bien porque nos preciamos bastante para descender al terreno de las personalidades y no esgrime otras armas que las del insulto y la grosería que manchan á quien las usa.

JUAN JOSÉ RODRIGUEZ LOPEZ.

PAUL Y ANGULO

Y para que nada quede que copiar del folleto del de tan famoso revolucionario, allá vá el último de sus capítulos.

«EL AUTOR Y LA PRENSA ESPAÑOLA.

»El pueblo español ha sido muy desgraciado desde 1868. Intentó entonces levantarse regenerado, enérgico, unido y resuelto á borrar revolucionariamente las consecuencias de su pasado monárquico, burocrático y clerical, y á constituir *después* una monarquía, ó una república, que fuese de todos modos, decente como administración de los intereses y de la justicia pública. El esfuerzo del pueblo español tropezó,

de un lado, con la habilidad de los políticos de oficio sostenedores con la forma monárquica, de la empleomanía, inmoralidad administrativa, burocracia y militarismo; y del otro lado, con la pusilanimidad y ambición personal—las dos cosas en fatal consorcio—de los prohombres históricos que desde luego empezaron á dirigir el partido republicano.

»Y sucedió, que los monárquicos fueron más hábiles y más sanguinarios y crueles. El pueblo republicano español supo, sin embargo, luchar en 1869, un año después del movimiento triunfante en Setiembre del 68; supo luchar en campos y ciudades como no se ha visto en ninguna parte del mundo civilizado, desde que existen los ejércitos permanentes armados de fusiles remingtons y de cañones crups. Más de 90.000 hombres, según declaración oficial, tomaron las armas en un mismo día por orden del directorio del partido republicano español, que lo componían los ciudadanos Orense, Figueras, Pi y Margall y Castelar. ¡Y qué armas las que tomaron! Escopetas de caza para colocarse en batallas campales, frente á un ejército disciplinado, temeroso y obediente ante la ordenanza militar y los jefes que la representaban.

»Fué, pues, vencido el partido republicano en toda España; el partido republicano, unido, compacto, obediendo á sus cuatro jefes históricos y parlamentarios, de los cuales ni uno siquiera acompañó al pueblo en su sacrificio.—Todavía tengo en mi bolsillo, porque este documento no lo abandono jamás, la orden que por mi parte recibí, firmada por los cuatro jefes republicanos federales, y cuyo resultado fué, que en las provincias andaluzas murieran, combatiendo al lado mío, muchos valientes mal armados, y como es natural, peor organizados, entre ellos el al mismo tiempo bondadoso y valerosísimo Guillén, compañero nuestro de diputación, cuyo recuerdo hace saltar una lágrima á mis ojos y debiera despedazar el corazón de los traidores que han renegado de sus principios y han negado su responsabilidad histórica.

»Después de la derrota en campos y ciudades, que no concibo cómo cuatro hombres de talento pudieron *ordenarla*, el partido republicano federal se conservó en toda España perfectamente unido y á las órdenes de los mismos cuatro jefes históricos y parlamentarios que habían dispuesto de la sangre del pueblo, derramada por cierto sin piedad, ferozmente, por los políticos de oficio, monárquicos de conveniencia.

»Esta unión, casi imposible, del partido republicano español, yo la sostuve, yo la impuse en 1870, contando con millares de lectores y con la fuerza moral de mis compañeros en la redacción de *El Combate*.

»¿Qué podía ser por lo tanto este diario mío, titulado *El Combate*? ¿Qué podría ser en el mes de Diciembre de 1870? Y, sobre todo, ¿cuál era entonces mi posición personal?

»Los hombres de *El Combate* éramos lo que quedaba como encarnación de la idea proclamada en Setiembre de 1868, desconocida desde las alturas del poder; idea culminante, nacional, absoluta, lo mismo para una monarquía que para una república: la *España con honra* que todos habíamos escrito en nuestro lema revolucionario; la España con honra internacional, sin el rey extranjero que los gobernantes intentaban; la España con honra financiera, sin deuda pública cada vez más despreciada, sin la vergonzosa *justicia histórica* la empleomanía, el militarismo y las dilapidaciones oficiales. Todo esto era *El Combate* quien

lo pretendió en Diciembre de 1870, frente á un gobierno que no satisfacía en manera alguna las esperanzas del pueblo español; era *El Combate* quien lo pretendió en Diciembre de 1870, frente á un gobierno que no satisfacía en manera alguna las esperanzas del pueblo español; era *El Combate* que encarraba, por decirlo así, las aspiraciones públicas nacionales, de todos los españoles como honra apetecida, aunque fuese á nombre de un partido político determinado, á nombre del partido republicano federal.

»¡Calcule, pues, el lector lo que sería *El Combate* y lo que sería yo, su director, para los políticos de oficio en Diciembre de 1870!

»Y ya sabían ellos por qué deseaban mi desaparición tanto como la del mismo general Prim; que si este les estorbaba con su poderosa influencia en el ejército, no menos les estorbábamos los hombres de *El Combate* con nuestra bandera, nunca por nosotros desconocida, con nuestro lema á todos los republicanos impuesto: la unión del partido que para honra de España permanecía revolucionario.

»A los pocos meses de dejar de publicarse *El Combate*, empezó la división, es decir, la impotencia del partido republicano español. Empezó la división enseguida, por discusión ridícula de principios, que no significaron sino la expresión hipócrita de ambiciones personales; y todavía, después de quince años, nos encontramos en la misma monárquica ruinosa situación.

»¡Qué útil fué nuestra desaparición!

»Pero yo, á principios de Diciembre de 1870, estaba en mi puesto. Varias veces se había intentado arrojarme de las Cortes, quitarme la inmunidad que mi cargo de diputado me aseguraba ante el juzgado; se había intentado asesinarme como á otros periodistas que desgraciadamente cayeron bajo los golpes de la célebre *partida oficial* llamada *de la Porra*; se me había arrastrado, por fin, en el mismo mes de Diciembre de 1870 á un duelo ignominioso, haciéndole afirmar públicamente á un jefe de asesinos bien conocidos, que me había insultado en plena calle, cuando en realidad jamás se había presentado frente á mí; y si tantos esfuerzos resultaron impotentes hasta fines de Diciembre de 1870, lo cierto es que en esos días vime obligado á ocultarme para poder permanecer en mi puesto, que era nada menos que el del jefe principal, quizá único como acción en aquellos momentos, del verdadero partido revolucionario español.

»Pero ¿qué tiene que ver que yo me ocultase á fines de Diciembre de 1870, cuando solamente por mi dirección de *El Combate* pesaban 28 causas criminales con más de 170 denuncias contra mí; qué tiene que ver que yo me ocultase á fines de Diciembre de 1870, cuando los suplicatorios de los jueces respectivos para poderme prender obraban en las Cortes ante una comisión monárquica interesada y resuelta á arrancarme mi inmunidad de diputado; qué tiene que ver, pregunto yo, mi lógica, mi necesidad, mi inevitable desaparición, teniendo sin embargo, por honor político, que permanecer en Madrid; qué tiene que ver, digo, con el asesinato del general Prim? ¿Por dónde ni cómo se puede deducir de este hecho una prueba contra mí?

»Y para que el lector en este caso, tampoco tenga que creer mis afirmaciones bajo la fe de mi palabra, voy á transcribir aquí lo que el mismo *Combate* hacía constar:



«Sobre *El Combate* pesan veinte y ocho causas con más de ciento setenta denuncias.....!

»*El Combate* no se recibe en provincias, porque las órdenes de no dejarlo circular son terminantes: tenemos cartas de personas respetables denunciándonos estos robos legalizados de los números de *El Combate*.

»En Madrid se han arrancado violentamente de manos de los espendedores, encarcelando á cuantos pretendían oponerse á este acto de fuerza.

»*El Combate* se roba, pues en todas partes con un descaro que asombra, y su director. *que por su calidad de diputado no gime aún en la cárcel pública, está amenazado de inmediata prisión*, PORQUE LA COMISION DE DIPUTADOS QUE TIENE QUE INFORMAR SOBRE LAS SUPLICATORIAS QUE PARA PRENDERLO EXISTEN, LA COMPONEN MINISTERIALES EN SU MAYORÍA.

»(*El Combate*.—Lunes 19 de Diciembre de 1870.)»

»¿Podia yo ausentarme de Madrid, ni dejarme prender en aquellos dias, cuando todo el partido de accion revolucionaria y republicana contaba con mi direccion personal en caso de conflicto violento, de choque armado? ¿Cómo deducir, pues, de un acto mio tan lógico y hasta necesario, justamente en aquellos dias, lo que la prensa española ha tenido, ahora, la mala fe de señalar?

»Entrego la dignidad de esa prensa, al juicio público.

»Me pasa con esta dignidad de la prensa madrileña, lo que con la dignidad imposible de la magistratura española: yo quisiera arrojar estas líneas que la destrozan, lejos, muy lejos de los impresores que hayan de darlas al dominio público; pero no puedo

»Y francamente: ¿será ó no, indigno y cobarde hasta lo increíble, lo hecho por *El Progreso*?

»¡Yo soy segun este diario, *el autor* de un asesinato, y mis compañeros son, necesariamente, los Montpensier, Serrano, Solís, Lopez, Pastor, los asesinos de la Rioja y los de la *ronda secreta* del regente del reino duque de la Torre! ¡Qué intencion tan estúpida! ¡Qué calumnia tan de manifiesto!

»Yo estoy, además, emigrado, tan emigrado que todo el mundo cree que si de mí se apoderasen los gobernantes en España, quizás no me dejarían veinticuatro horas con vida, y sin embargo, se me acusa, se me designa como asesino, ¡y esto asegurando que *no cabe duda alguna*!

»¿Debo decir que los periodistas que así obran, sabiendo que calumnian y dejando entre ellos y yo la frontera española son unos miserables?

»Lector: no creas, no, que el pueblo español merezca semejante representación en su prensa diaria.»

JUAN JOSÉ RODRIGUEZ LÓPEZ

(*Se continuará*)

Tip. de Sucesores de Castro, plazuela de San Felipe, 11, Zaragoza.